

Buñuel: el hombre más libre del mundo

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

Ningún arte envejece tan rápido como el cine. Quizá por eso es sorprendente la vitalidad que siguen teniendo las películas del director aragonés Luis Buñuel. No hubo creador tan libre como él, y esa libertad le devuelve todos los días una juventud que está más allá de las modas. Todo lo que hizo es bueno, hasta su desastrosa *Gran Casino*, que su amigo el productor Oscar Dancigers le hizo filmar en 1947 para rescatarlo de la miseria.

Buñuel compensó ese guiso de tangos y rancheras con una sucesión de obras maestras que parecen hechas para los espectadores de mañana: *Belle de Jour*, *El ángel exterminador*, *Viridiana*, *El discreto encanto de la burguesía*, *Los olvidados*.

La que prefiero entre todas es la más discreta y transgresora, *Él*, acaso porque el personaje paranoico de don Francisco Galván, interpretado por un inolvidable Arturo de Córdova, se parece tanto al propio Buñuel que es casi un autorretrato.

He visto hace poco esa película en una de las resurrecciones milagrosas a las que nos están acostumbrando los DVD, y desde las primeras imágenes —la ceremonia del lavado de pies de los Jueves de Pasión— quise escribir sobre esa experiencia.

Buñuel era un fetichista de los pies, a los que convierte en objetos de seducción infalible. Don Francisco, un heredero devoto que es presentado en los sermones dominicales como ejemplo de piedad, se enamora en plena misa de los pies de Gloria, la novia de un amigo. Gloria está encarnada en *Él* por una Delia Garcés más expresiva y talentosa de lo que nunca fue en el cine argentino. Don Francisco se casa con ella y luego la atormenta con unos celos sin medida, que terminan arrastrándolo a la locura y a ella a la desesperación.

Dos imágenes son inolvidables: la del castigo a la inocente esposa mientras duerme, con unas sogas y unas agujas de colchonero que insinúan la crucifixión, y el paseo final de Francisco por el patio del convento donde lo han recluso, con pasos en zigzag que se burlan del modo de caminar del propio director.

Todos los temas que lo obsesionaban son explorados en *Él* con la pasión investigadora del entomólogo que Buñuel fue en sus ratos de ocio: la fragilidad de la memoria, las trampas de la devoción religiosa, la culpa cristiana, la búsqueda desesperada de libertad. Uno de los terrores más hondos de Buñuel era perder la memoria, porque consideraba que la memoria era la verdadera cara de la identidad, del ser. La memoria de Francisco Galván, en cambio, es su infierno, porque lo recuerda todo, hasta lo que todavía no ha vivido.

Él es hermana gemela de *El último suspiro*, la bellísima autobiografía en la que Buñuel se re-

fleja tal como es, con sus tempranas dudas sobre la resurrección de la carne, el juicio final, el infierno y el demonio. De esas dudas nacería la sentencia que lo define por entero: “Soy católico y ateo gracias a Dios”.

Aunque después de casarse observó una fidelidad monolítica, en la juventud fue visitante asiduo de burdeles. Jamás dejó de fumar ni de beber en los bares, dos ceremonias que le permitían meditar y estar en contacto con sus turbulencias más hondas. En casi todo se comportaba como un buen burgués: respetaba las horas de sus citas con puntualidad de gallo mañanero, era cuidadoso con

la ropa y se acostaba temprano.

Una manera de compensar su miedo a las devastaciones de la memoria era su culto a la libertad plena. La libertad no fluía en él como algo deliberado ni buscado: simplemente era un estado de vigilia ante la opresión de los otros y un desdén al parecer innato por toda forma de culpa.

Ambas cualidades son raras en un español, y sobre todo en uno que vivió muchos años bajo el yugo implacable de Franco. En un medio donde no había otros refugios para el amor que el matrimonio o los prostíbulos, Buñuel encontró un tercero: la imaginación. “Lo que sucede en mi cabeza”, dijo, “no

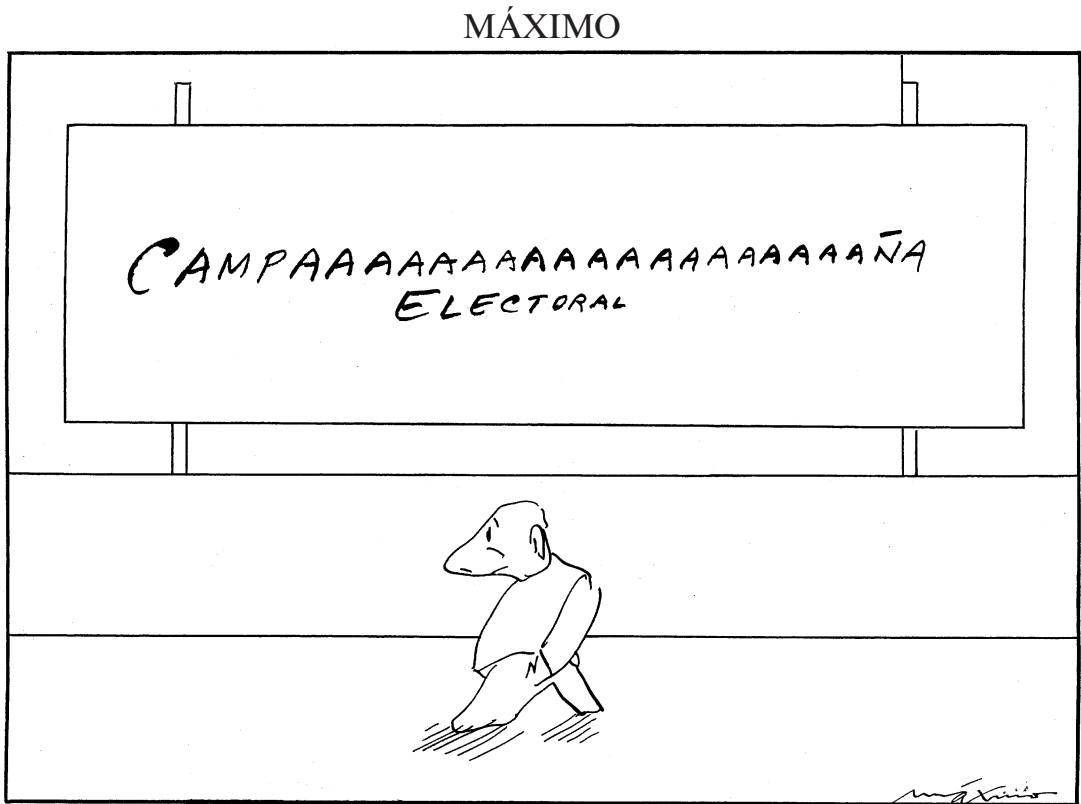
le concierne a nadie sino a mí”. Había nacido en el pueblo aragonés de Calanda a comienzos de 1900 y no le fue fácil llegar adonde llegó. Hollywood y Francia desdeñaron todos los proyectos que propuso y sólo por azar se salvó de la miseria cuando el productor ruso Oscar Dancigers lo retuvo en el cine mexicano. Allí creó, contra toda adversidad, una obra que no se parece a ninguna otra y que no ha tenido sucesores, porque su osadía y su coraje son inimitables.

En la década de 1920 había descubierto en París a los surrealistas: Breton, Eluard, Arp, Benjamin Peret, René Char, Magritte. Cada uno de ellos había hecho su propio aprendizaje de la libertad, y se mantenía en perpetua vigilancia contra las renuncias y concesiones de los otros. Eran implacables. Sabían que la libertad muere sin el cotidiano alimento de la discusión, de la prueba, de la comparación. Que es preciso tocar a cada momento su carne viva para no olvidar la fuerza de su contacto. Que no hay libertad a solas, sino únicamente libertad en compañía: para reforzarla en el otro, para sentir que, gracias al estímulo del otro, la propia libertad es siempre posible.

Buñuel dirigió *Él* en 1952. Tomó la idea de una novela —mala— de Mercedes Pinto y la dio vuelta como a un sueño equivocado. Todas las imágenes son apacibles y lo que pasa es muy poco, pero hay un viento de rebeldía y furia tan incesante que por momentos no se puede respirar. Ha de ser, junto con *El ciudadano* de Orson Welles, la película más libre que haya nacido del corazón humano, y la única en la que los malos sentimientos fluyen con tanta ternura como los buenos.

Volví a verla a más de medio siglo de su estreno y lo que vi sigue siendo fuego puro, ardiendo aún en un tiempo que no se mueve.

Tomás Eloy Martínez es escritor y periodista argentino, autor, entre otros libros, de *El vuelo de la reina*.
© Tomás Eloy Martínez, 2007.
Distribuido por The New York Times Syndicate.



El Estado dinamizador y los pilares del bienestar

CARLOS MULAS-GRANADOS

Las recientes medidas sociales del Gobierno han generado tanto aplauso ciudadano como escepticismo entre los analistas políticos y económicos a cuenta de su pretendido “electoralismo” y de su “elevado” coste presupuestario. Subyace a ambas críticas una acusación de fondo sobre el carácter improvisado de las medidas, que implicaría que no forman parte de una estrategia clara a medio plazo. No creo que exista esta supuesta falta de perspectiva.

Comenzaré por definir el Estado de bienestar desde la experiencia europea del último medio siglo. Los tres riesgos que tradicionalmente ha cubierto el Estado de bienestar son aquellos que impiden al ser humano utilizar su fuerza de trabajo como único medio de vida que le hace autosuficiente. Estos son: el riesgo de caer enfermo; el riesgo de perder el empleo, y el “riesgo de envejecer”, entendido como la incertidumbre respecto del momento en el que el envejecimiento minará definitivamente las capacidades propias sobre las que se basa la actividad laboral. Si estos riesgos

no se hubieran cubierto mediante un seguro sanitario, un seguro de desempleo y un sistema de pensiones, las personas que sufrieran la materialización de alguno de esos riesgos quedarían relegadas a la marginación. Esos tres seguros públicos constituyen los tres primeros pilares del Estado de bienestar, a los que se vino a sumar, después, un cuarto pilar para cubrir el riesgo de nacer o quedar discapacitado.

En este grupo de pilares se suele incluir, equivocadamente, la educación. Sin embargo, en sentido estricto, la provisión pública de una educación universal no tiene que ver con la cobertura de

ningún riesgo, sino con una preferencia por la igualdad de oportunidades característica del pensamiento progresista. Por tanto, y desde esta perspectiva, el Estado de bienestar se podría definir metafóricamente como un edificio completo, con unos cimientos educativos y cuatro pilares sobre los que se asienta el potencial de realización plena de cada ciudadano, ya que esos pilares cubren desde el sector público los riesgos laborales a los que todos estamos expuestos de forma involuntaria.

La cobertura pública de esos riesgos y su carácter involuntario son dos cuestiones importantes que conviene explicar. En primer

lugar, ¿por qué debe ser pública la cobertura universal de estos riesgos? Básicamente porque los cuatro riesgos mencionados se enfrentan a fallos de mercado que hacen que su cobertura privada no sea rentable para las empresas en el caso de algunos grupos sociales, que por tanto quedarían sin protección. En segundo lugar, ¿por qué sólo cubrir riesgos involuntarios? La respuesta es evidente: si el Estado cubriera riesgos que pueden evitarse, entonces todo el mundo asumiría más riesgos de lo normal y el sistema de precios e incentivos de nuestras economías se rompería.

En realidad, la sostenibilidad

del Estado de bienestar depende de que limite su cobertura a los sucesos en los que no hay responsabilidad atribuible, y de que sepa adaptarse a un contexto socioeconómico cambiante.

Desde hace al menos una década existen nuevos riesgos sociales que generan nuevas necesidades, mientras que el proceso de globalización tiende a hacer menos competitivos a los países con modelos sociales menos flexibles. En este nuevo contexto, el Estado de bienestar debe adaptarse para ser sostenible. No es una cuestión de reducir su tamaño, sino de modificar su lógica de funcionamiento y el tipo de programas que pone en marcha en cada uno de los pilares. La lógica de la que estoy hablando es la lógica del Estado dinamizador.

El Estado dinamizador podría definirse como un nuevo tipo de Estado de bienestar, más dinámico en su funcionamiento interno, y externamente dinamizador de los agentes económicos y sociales. El Estado dinamizador aspira a liderar una sociedad

Pasa a la [página siguiente](#)

El Estado dinamizador y los pilares del bienestar

Viene de la **página anterior** de ciudadanos activos, donde la igualdad de oportunidades quede garantizada como único medio para el pleno ejercicio de la libertad individual. Siguiendo esta lógica, el Estado dinamizador podría caracterizarse por prevenir y anticiparse a los nuevos riesgos y demandas sociales (en lugar de limitarse a reaccionar cuando los riesgos de desempleo, enfermedad, vejez o invalidez ya se han materializado). Asimismo, el Estado dinamizador sería el catalizador del cambio económico y social, al basarse en la activación de los ciudadanos (en lugar de ceñirse a la indemnización y protección de sus rentas); apostaría por la inversión social en educación y la forma-

ción integral en todas las etapas de la vida, y sobre todo, movilizaría todos los grupos sociales inactivos para convertirlos en ciudadanos económica y socialmente útiles (frente al Estado de bienestar tradicional que era pasivo, desincentivaba el trabajo y generaba grupos dependientes de un subsidio). Hasta ahora, la mayoría de políticas dinamizadoras que se han llevado a cabo en países europeos se han impulsado desde gobiernos influidos por el pensamiento de la Tercera Vía y se han centrado en el mercado de trabajo, con iniciativas como el *Welfare to Work* o el *Make Work Pay*. Pero la “estrategia dinamizadora” es aplicable a casi cualquier área de política económica: desde el apoyo a los emprendedores hasta la modernización del tejido productivo y de la Administración pública. A la luz de lo expuesto, tenemos más elementos para juzgar las medidas sociales del Gobierno de Zapatero, y la estrategia parece mucho más clara. Por

un lado, el Gobierno ha querido consolidar los cimientos y los pilares tradicionales del bienestar, así como ampliar el modelo social, mediante una apuesta clara por la educación pública, una mejora de las pensiones no contributivas, el reforzamiento de las políticas de desempleo, una mayor cobertura de la sanidad pública, y, sobre todo, introduciendo un cuarto pilar para atender la discapacidad y la dependencia. Por otro lado, el Gobierno ha apostado por la sostenibilidad de nuestro modelo social, reformando su lógica de funcionamiento en línea con los principios del Estado dinamizador. Por eso ha puesto en marcha programas nuevos de fomento empresarial, capital riesgo y activación de grupos excluidos; ha introducido fórmulas de copago en las nuevas prestaciones, y ha incrementado las inversiones públicas en capital físico, tecnológico y humano sistemáticamente por encima del aumento del gasto social durante toda la legislatura.

La tarea no debería quedar ahí. España todavía tiene que ahondar en el Estado dinamizador, sin que ello implique necesariamente congelar nuestro modelo social en los cuatro pilares actuales. De hecho, es posible dinamizar nuestro Estado de bienestar y hacerlo compatible con el desarrollo de un quinto pilar. Este quinto pilar vendría a cubrir nuevos riesgos relacionados con las trabas a la emancipación personal de las nuevas estructuras productivas y familiares. Para ello, el quinto pilar debería centrarse en facilitar la independencia económica de los grupos que ahora encuentran más dificultades para obtenerla en los tramos de edad de mayor productividad y creatividad. Ello generaría ganancias para toda la economía, permitiría pagar los servicios públicos adicionales necesarios y haría más iguales y más libres a sectores muy importantes de la sociedad. Estos grupos son fundamentalmente los jóvenes, que se independizan a edad muy tardía por el difícil acceso

a la vivienda y el escaso poder adquisitivo de sus salarios, que no salen al extranjero ni hablan idiomas por falta de medios, que no pueden compatibilizar la formación permanente y el empleo, y que encuentran dificultades para tener hijos y mantener su carrera profesional por no encontrar escuelas infantiles gratuitas, ayuda a domicilio o actividades extraescolares para sus hijos. En todos los casos, nuevos servicios públicos y una apuesta por la formación a lo largo de toda la vida, solventarían la mayoría de los problemas. Parece que las últimas iniciativas del Gobierno van en esa dirección, aunque será necesaria otra legislatura para medir el éxito relativo de esta doble estrategia de ampliación y dinamización del Estado de bienestar, de la que depende tanto la calidad como la viabilidad futura de nuestro modelo social.

Carlos Mulas-Granados es profesor de Economía Aplicada en la Universidad Complutense de Madrid.

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es Andalucia@elpais.es Bilbao@elpais.es Catalunya@elpais.es Galicia@elpais.es Valencia@elpais.es Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.com

Preguntas a Carod

He seguido con extraordinario interés la intervención televisiva del vicepresidente de la Generalitat de Catalunya, Josep Lluís Carod-Rovira, en el programa *Tengo una pregunta para usted* y en el transcurso de la misma me he sentido como si, por primera vez en mi vida, se me hubiera dado la oportunidad de oír a un independentista explicar públicamente, para todo el país, las razones de su independentismo y sus convicciones democráticas. Es terrible. Hace más de 30 años que hemos enterrado al dictador —a aquél con el que tan plácidamente vivieron tantos españoles como Jaime Mayor Oreja—, hemos superado nueve legislaturas en democracia y hoy me he sentido igual que cuando compareció por primera vez en televisión española Santiago Carrillo para hacernos ver que los comunistas no llevan cuernos. Las respuestas de don Josep Lluís a los invitados del programa se me antoja que habrán sido para muchos ciudadanos de este país algo así como una ristra de verdades reveladas que, sin embargo, para muchos catalanes y otros muchos españoles no nacionalistas nos parecen antiguas y dolorosas obviedades. ¿Qué se puede decir de unos españoles que desprecian el idioma catalán y quieren obligar al pueblo cata-

La Redacción discrepa del editorial sobre el Che

La Redacción de EL PAÍS quiere mostrar su disconformidad con el editorial titulado *Caudillo Guevara*, publicado el pasado día 10 de octubre. Más de dos tercios de los redactores (250) consideran que el texto publicado no abordaba en su totalidad la figura de un personaje como el *Che* Guevara que, con sus luces y sus sombras, es lo suficientemente compleja para haberla tratado como si no hubiera una escala de grises. El Estatuto de la Redacción contempla la posibilidad de discrepar de un editorial siempre que se logren reunir las firmas necesarias, que cifra en un mínimo de dos tercios de los redactores. En ejercicio de este mecanismo de transparencia y democracia interna, único en la prensa española, se ha habilitado este espacio para dejar testimonio de nuestra discrepancia.— **El Comité de Redacción**, en nombre de los firmantes.

lán a seguir perteneciendo a España? ¿Qué se puede decir de unos españoles que acusan falsamente al vicepresidente de la Generalitat de Catalunya de liderar movimientos antimonárquicos violentos? ¿Qué se puede decir de unos españoles que acusan al vicepresidente de la Generalitat de Catalunya de secesionismo antidemocrático? El señor Carod-Rovira puso en evidencia a esos nacionalistas españoles que no quieren una España libre y plural —la real y actual— sino una España nacional, castellana y monárquica por la gracia de Dios —la oficial en la época de Franco—. Son los mismos españoles que vivieron plácidamente el infierno del franquismo. Son los mismos españoles que blanden la Constitución hoy como ayer el catecismo del padre Ripalda. Son los españoles que hablan el catalán en la intimidad. Son los españoles de la FAES. Son los héroes de Perejil. Son los españoles de Franco. Hay otra España en la que muchos españoles y catalanes nos sentiríamos mucho más a gusto. Por ejemplo, la España en la que desde primaria se estudiara también la lengua catalana.— **Mario López Sellés**. Madrid.

La otra noche tuvimos de nuevo un programa de interés, “fresco” en su modo de entrevistar y que proporciona un cauce interesante para la participación ciudadana: *Tengo una pregunta para usted*. Los señores Llamazares y Du-

ran me dejaron un buen sabor de boca, porque más allá de sus respuestas concretas con las que pude estar de acuerdo o no, fue su estilo respetuoso y cercano que invitaba a la reflexión y al debate sin rupturas, un debate democrático que incluso pudiera acercarnos un poco a los políticos y viceversa. Pero llegó el turno del señor Carod-Rovira... Diría que con interlocutores sencillos, no profesionales de la política (alguna con intervención poco afortunada, lo reconozco), y en lugar de dar *altura* política a sus contestaciones, hizo un ejercicio de independentismo duro en el fondo y en la forma, fuimos incluidos en el “nacionalismo español con el que no vale la pena convivir...”. Ni siquiera permitió castellanzar su nombre, aunque tengamos una lengua común y estuviéramos en un programa en castellano. Fue un ejemplo de “quien no piensa como yo está en mi contra”, un ejemplo de político que separa, que rompe, que marca distancias y que al comentario que no comparte, lo manipula de tal forma que justifica su victimismo generalizándolo, agrandándolo. En algún momento pensé que actuaba de cara a ser visto y oído por los más radicales de su partido... Pienso, ojalá que esté equivocada, que personas como él necesitan esa confrontación permanentemente, sin esos argumentos que marcan una y otra vez las diferencias se *les termina el discurso principal*.

Según transcurría el programa, pensaba, honestamente, que a mí, como a muchos, nos gusta la pluralidad de España, estimamos a los catalanes, ¿por qué no?, y a los gallegos, y a los vascos, y a los andaluces, y a los navarros, y a los... Lamento que tengamos políticos que, olvidando la historia de este país, repleta de conflictos, vuelven una y otra vez a sembrar dificultades. El buen sabor de boca del comienzo del programa dio paso a una profunda tristeza...— **Adriana Sarriés Ulzurun**. Madrid.

Sobre el precio del gas

Don Javier Domingo Fernández dirigió ayer una carta a este periódico en la que cuestionaba la subida de la tarifa de gas, atribuyendo a las empresas suministradoras afanes de beneficio desmesurados y no justificados. Me permito aportar información sobre este tema. Las tarifas de gas las fija el Gobierno a través de un sistema que se explicita en la Orden ITC/3992/2006 (BOE, 30-12-2006). En la misma, se detalla el cálculo de dicha tarifa que está directamente ligada al precio del crudo y a la relación euro / dólar. En aplicación de estos criterios, el precio del gas bajó, en el mes de abril, un 2,5% para la tarifa de uso doméstico, permaneció inalterado en el mes de julio y ha experimentado, en octubre, la subida referida en la citada carta (3,14%). En este sentido, desde enero de 2007 el incremento medio del gas ha sido del 0,6%. Por último, entiendo que el lector toma como referencia el indicador que marca los precios en Estados Unidos, distinto al que utilizamos en el mercado europeo y español. El mercado americano, en su mayor parte, se autoabastece con sus propias reservas, mientras que el español depende en un 99% de las importaciones. La tarifa en nuestro país viene marcada por el precio que debemos pagar a los proveedores externos por el precio del gas.— **Joan Pons**. Secretario general de la Asociación Española del GasSedigas.

Otro tren menos

Tengo la sensación de que Renfe, una empresa que debería dar a los ciudadanos un servicio de transporte bueno, barato y que comunique cuando menos todas las capitales de provincia, hace tiempo que ha adoptado criterios demasiado comerciales, ignorando que es también un servicio público. Durante años he viajado por lo menos una vez al mes de Ciudad Real a Huelva. Hoy ya no puedo hacerlo. El tren en el que me desplazaba ha sido suprimido sin más ni más y, como no tengo otra alternativa, tengo que viajar en coche, lo que me supone más gasto y mayor riesgo e incomodidad. No tengo conocimiento de que los sindicatos de Renfe hayan protestado por esta situación ni que la alcaldesa de Ciudad Real y los alcaldes de los pueblos afectados hayan protestado, al igual que lo han hecho los alcaldes de la zona de La Mancha por la supresión de otros trenes que circulaban hacia Andalucía. En todo caso, señor director, deseo que mi protesta conste públicamente. Espero que sirva para algo.— **Carmelo Corral González**. Ciudad Real.

Ahorrar agua

Aquejado de un dolor en un oído, he ido a pedir cita para mi médico de cabecera, en uno de los centros de reciente inauguración en Móstoles. Cuál no será mi sorpresa cuando me citan para el lunes porque dicen que el centro está saturado ya que faltan médicos y enfermeras en el mismo (de hecho a mí me corresponde una enfermera y a mi mujer otra, porque nos han dividido por apellidos), así que no me queda más remedio que ser de los insoportables que colapsan el hospital. Eso sí, la presidenta doña Esperanza Aguirre sigue inaugurando en Madrid ambulatorios y hospitales con una sonrisa de oreja a oreja pensando qué sería de nosotros si ella en persona no se preocupara de nuestra salud.— **Juan Palacios Sánchez**. Móstoles (Madrid).